



XVIII

**A** sola noticia de haber hecho la Reina de Inglaterra comparecer á María Estuardo ante un Jurado, hirió profundamente el sentimiento nacional en Escocia, y produjo en todo el reino sensación hondísima. La mayoría de los escoceses tomaron como propio este agravio hecho á su antigua soberana, y los principales señores de la nobleza, heridos y enconados, comenzaron á moverse y á bullir para tomar las armas y allanar la frontera en son de guerra. Solo el hijo desnaturalizado, Jacobo, permanecía tranquilo en medio de la general indignación: en vano Lord Hamilton y Jorge Douglás y otros grandes señores le instaban para que protestase del agravio que á él y á todos los escoceses hacía

la Reina de Inglaterra, y se apresurase á impedir el juicio y la condenación de su desgraciada madre.

Jacobo, hijo sin entrañas y rey sin decoro ni dignidad, contestaba que jamás rompería con la Reina de Inglaterra, aunque ésta diese muerte á su madre, como no fuera que tratase de privarle á él también de sus derechos á la corona de aquel reino. Y con repugnante pedertería y sofístico y razonado cinismo, empeñábase en demostrarles que los lazos de la sangre obligan menos hacia los padres, que los de amistad hacia los aliados, y que debía él, por lo tanto, sacrificar sus sentimientos de hijo, á lo que llamaba sus deberes de rey.

Esta desnaturalizada conducta indignó á la nobleza y exaltó al pueblo hasta el punto de insultar un día á Jacobo al salir éste del palacio de Holyrood. Asustóse con esto el pusilánime Príncipe, y envió entonces á Londres para interceder por su madre al falso Arquibaldo Douglás y al traidor Gray, que deseaba la muerte de María tanto como sus enemigos de Inglaterra, y había escrito ya á Walsingham, aconsejándole el secreto envenenamiento, más bien que la ejecución pública.

Enrique III por su parte tomó la defensa de su cuñada con verdad y con eficacia, no solo

por medio de su Embajador Châteauneuf, sino enviando también á Inglaterra con este exclusivo objeto á Pomponne de Bellière<sup>13</sup>. Mas poco podía temer la bastarda por entonces del Rey de Francia, amenazado como se veía éste dentro de su propio reino por la formidable Liga, y á todos contestó, pues, disculpándose con la fuerza que hacían en su ánimo y en su voluntad las instancias del Parlamento y los alborotados deseos de su pueblo. Hizo á este propósito publicar por las calles la sentencia de la Reina de Escocia, al son de las campanas de la ciudad, que repicaron alegremente veinticuatro horas seguidas; y el populacho de Londres, preparado con astucia y pagado con largueza por Cecil y Walsingham, dió el repugnante espectáculo de celebrar con fogatas y fuegos de artificio y soeces algazaras la fúnebre noticia. Todo lo cual alegaba la bastarda como prueba de la efervescencia en que se hallaba el pueblo, y la dura necesidad en que se veía de acceder á sus sanguinarios deseos.

Mas no por eso se decidía Isabel á firmar la sentencia de muerte, ni cesaba tampoco en su farsa de vacilaciones fingidas é hipócritas ternezas: porque lo que la astuta bastarda quería, y lo que su solapada política iba buscando, era apurar la paciencia de Cecil y de Walsingham

para que se determinasen éstos por su parte, como ya les había insinuado ella misma, á quitar la vida á María por cualquier medio secreto, y la librasen así de la ignominia y el baldón de firmar su sentencia de muerte. Conocían, sin embargo, harto bien los dos ministros la falsía de su Reina, y habían entablado el juego entre ellos, como de raposa sin corazón á raposos sin entrañas. Seguros estaban de que al día siguiente de cometido el delito, tan ansiado de su soberana, les desautorizaría ésta por completo y arrojaría sobre ellos todo lo odioso de aquel crimen de que su hipócrita crueldad quería aprovecharse, dejando para los demás el oprobio y la vergüenza.

Apelaron, pues, al conocido recurso de fingir un nuevo complot contra la vida de Isabel, para espantar el ánimo de ésta y exaltar aún más la cólera y la impaciencia del pueblo, y un mal hombre y peor caballero que llamaban Staffort<sup>14</sup>, acusó nada menos que al Embajador de Francia, de haber promovido una conspiración contra la Reina de Inglaterra, á fin de salvar á la de Escocia.

Aterróse Isabel ó fingió que se aterraba, y mandó tomar las precauciones más alarmantes. Cerráronse todos los puertos de Inglaterra para impedir que nadie entrase ó saliese en el reino;

hiciéronse prisiones, expulsóse al Embajador, y el espanto cundió en un momento de un cabo á otro cabo de la isla. Á diario corrían por calles y plazas, en medio de aquel aislamiento, las más temerosas noticias: unas veces era una invasión de los españoles, prestos á desembarcar en Milford-haven; otras era el Duque de Guisa á la cabeza de un ejército, que entraba por Sussex; ó los católicos apoderándose á mano armada de Fotheringay, ó una insurrección á favor de María en los condados del Norte. Reuníase á cada paso el Consejo privado para conjurar estos imaginarios peligros, y en todos ellos se proponía la muerte de María Estuardo, como remedio único y radical de todos aquellos males.

Aparentó Isabel ceder al cabo, y el 1.º de Febrero mandó llamar al secretario Davisson, por medio del Almirante Howard. Llegó el secretario á las diez de la mañana, trayendo 'el decreto de ejecución (*warrant*) que Cecil había redactado de antemano. Leyólo la Reina atentamente, pidió una pluma y firmólo sin la menor vacilación ni repugnancia visible, mandando á Davisson que lo llevase al Canciller para que le pusiese el gran sello de cera amarilla con las armas del reino. Y tan grande era su serenidad, y tan lejos estaba su ánimo cruel de todo sentimiento de compasión ó de tristeza, que al de-

volver el pergamino á Davisson tuvo el valor de añadir esta horrible chanzoneta:

—Mostradlo de paso á Walsingham y cuidad de que no le mate la pena.

Encargóle también que no tuviese efecto la ejecución en el patio de Fotheringay, sino en la gran sala del piso bajo, á fin de que la afluencia de gente no fuera demasiada, y despidióle al cabo, prohibiendo *que la volviesen á hablar de aquel asunto, puesto que ya había hecho ella todo lo que la ley y la razón la exigían*<sup>15</sup>. En el momento de salir Davisson detúvole la astuta bastarda, como si una repentina idea la asaltase. Quejóse entonces amargamente de Amyas Paulet y de los que podían haberla ahorrado aquel penoso deber de firmar la sentencia de muerte, cumpliendo ellos el juramento que como miembros de la famosa *Asociación* tenían hecho de perseguir hasta la muerte á cualquiera que atentase contra la vida de la Reina de Inglaterra; y añadióle luego con mucho ahinco y como si fuese esta la idea repentina, que quizá pudiera tener todavía la cosa remedio, si él y Walsingham escribían á Sir Amyas Paulet, sondeándole con maña sobre tan espinoso asunto, é induciéndole á tomarlo él á su cargo.

Aceptó Davisson la horrible propuesta, y apresuróse á comunicarla á Walsingham, el cual

encontró oportunísima la ocasión de arrojar sobre el viejo puritano Paulet la responsabilidad de aquel crimen que todos deseaban y á todos espantaba, y del que nadie quería aceptar sino los sangrientos provechos. Escribieron, pues, aquellos dos perversos ministros de una reina todavía más perversa, á Sir Amyas Paulet, aquel mismo día 1.º de Febrero, la siguiente insidiosa y abominable carta:

«Después de saludaros cordialmente, creemos obligación nuestra comunicaros algunas palabras pronunciadas últimamente por S. M., quejándose de encontrar en vos la falta de celo y diligencia que revela el no haberseos ocurrido (sin insinuación de nadie) un medio cualquiera de quitar la vida á esa Reina, en vista de que S. M. estará siempre en peligro mientras ella viva. Sin hablar de la falta de amor á S. M. que esto revela, encuentra además la Reina que no cuidáis de vuestra propia seguridad, ó más bien, de la conservación de la religión, del bien público y de la prosperidad del país, todo lo que la razón y la política exigen. Vuestra conciencia quedaría tranquila ante Dios, y vuestra reputación sin tacha ante los hombres, puesto que tenéis hecho el juramento solemne de la *Asociación*, y puesto que los cargos alegados contra esa Reina resultan probados evidentemente. Por

este motivo, el desagrado de S. M. es grande, al ver que los hombres que se dicen adictos á su persona, como vos lo sois, faltan á sus deberes y descargan sobre ella todo el peso de este negocio, sabiendo su repugnancia á verter sangre, y sobre todo la de una persona de ese sexo y de ese rango, y tan próxima parienta suya.

»Mucho turban estas consideraciones á S. M., y podemos aseguraros que ha protestado repetidas veces de que si no la preocupasen más que los peligros que pueda correr ella misma, los que corren sus buenos súbditos y fieles servidores, jamás consentiría en que se derramase la sangre de esa Reina. Hemos creído que convenía enteraros de estos sentimientos que S. M. ha expresado hace muy poco tiempo, y someterlos á vuestro buen juicio. Y con esto os encomiendan á la protección del Todopoderoso vuestros buenos amigos, *Francisco Walsingham* y *Nicolás Davisson*».

Recibió esta carta Amyas Paulet el 2 de Febrero á las cinco de la tarde, y una hora después ya había rechazado también el viejo puritano la tremenda responsabilidad, como la rechazaban los otros, revistiendo por su parte las formas nobles y leales de la siguiente carta á Walsingham.

«Hoy á las cinco de la tarde he recibido vues-

tra carta de ayer, y no detengo un momento la respuesta que me pedís en breve plazo. Os la trasmito, pues, con toda la amargura que siente mi corazón al considerar que ha llegado un día en que, por insinuación de mi Graciosa Soberana, se exige de mí un acto que Dios y la ley prohíben. Mis bienes, mi destino y mi vida están á disposición de S. M. y presto estoy á dejarlos mañana mismo, si esa es su voluntad; pues reconozco que sólo á su gracia y favor los debo, y no deseo gozarlos sino con el beneplácito de S. A. Pero Dios me libre y me preserve de que naufrague miserablemente mi conciencia, y eche yo mancha tan grande sobre mi posteridad, derramando sangre sin autorización de la ley y sin un acto público. Espero que la acostumbrada indulgencia de S. M. sabrá tomar en buen sentido mi leal respuesta, etc., etc.

Corriéronse ambos secretarios, Walsingham y Davisson, con la carta del puritano, y encargóse el segundo de comunicarla á la Reina. Leyóla Isabel con muestras de despecho, y según asegura Titler, exclamó violentamente:

—¡Me fastidian estos charlatanes escrupulosos y pacatos, que todo lo prometen de palabra, y luego no hacen sino echarle á una la carga á la espalda!...

No se habló más del asunto, como Isabel

había mandado: pero el decreto de muerte con la firma de la Reina y el sello del Canciller, habíalo ya traído Cecil al Consejo privado, y éste se decidió á darle curso sin nuevas manifestaciones de la Reina. Escribieron, pues, todos los consejeros una carta colectiva á los Condes de Shrewsbury y de Kent, encargándoles la triste misión de asistir al suplicio de la Reina de Escocia, y el 4 de Febrero salió Roberto Beale por la noche de Londres, con esta carta y el decreto de muerte, para el castillo de Fotheringay. Era muy reducido su cortejo, y formaba parte de él un hombre extraño y taciturno, disfrazado más bien que vestido de caballero, con ropilla de terciopelo negro y cadena de oro al cuello.



## XIX

**P**OCOS días antes de la muerte de la Reina de Escocia, separó Paulet violentamente de su lado al capellán que allí tenía oculto, y á su mayordomo Andrés Melvil. Encerróles en el mismo castillo, lejos de su señora, y nadie ha explicado nunca ni la razón de esta violenta medida, ni cómo se descubrió la estancia del sacerdote en Fotheringay, ni quién fuera este misterioso capellán de que hablan todos los historiadores, sin nombrarle ninguno. El erudito Mignet le llama Prèau ó Duprèau, sin decir dónde haya encontrado este nombre; y el P. Rivadeneira, que debía saberlo, sin duda, pues tomó sus noticias de los mismos servidores de la Reina que presenciaron su muerte, y escribió